

David
Castañeda
Álvarez

Un hombre,
una mujer
y un mirlo

UN HOMBRE, UNA MUJER Y UN MIRLO

Prémio Nacional de Poesía «Ramón López Velarde» 2015

Jurado

Raúl Bañuelos, Jorge Orendáin, Óscar Tagle

David Castañeda Álvarez
UN HOMBRE, UNA MUJER
Y UN MIRLO

Área de Arte y Cultura

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS



México, 2016

Portada

TopTenTrío

Edición al cuidado de

Laura Elena de Jesús Ramírez Ramírez

Un hombre, una mujer y un mirlo

Primera edición, 2016

DR © David Castañeda Álvarez

DR © Universidad Autónoma de Zacatecas

ISBN: 978-607-8368-38-9

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
incluido el diseño tipográfico y de portada, por cualquier medio
electrónico o mecánico, sin la autorización por escrito
de la Universidad Autónoma de Zacatecas

Impreso y hecho en México *Printed and made in Mexico*

Para Fanny y Sophia, por los días en que somos uno

Un hombre y una mujer

Son uno.

Un hombre y una mujer y un mirlo

Son uno.

WALLACE STEVENS

Un hombre

Afuera

En el jardín el gato asusta a unos pájaros negros. Tú y yo pensamos que son los mirlos de Stevens, aunque en realidad nunca hemos visto mirlos más que en fotos de Wikipedia. Parecen cuervos pequeños. El pasto brilla. El aspersor baña las yerbas y brotan dientes de león en las esquinas. Los mirlos vuelan apenas unos metros lejos del gato. Buscarán lombrices —nos decimos mientras pelamos ajo—. Afuera el jardín vive con todas sus fuerzas.

Un mirlo en la ventana

Aquí no hay montañas nevadas porque el sol es un perro con rabia en la azotea. Cuando regreso del trabajo me gusta darte un beso antes de tomar agua e imagino que viajamos a los Alpes, que esquiamos por una ladera grande y blanca, como en las películas gringas, y que usamos lentes especiales contra la nieve. Cuando abro los ojos me hincha la pupila un mirlo dorado en la ventana.

La casa griega

Decidí pintar la casa de azul aguamarina con blanco, o blanca con algunos detalles azules, como el pueblito que está a las orillas de una playa griega. Dicen que en Europa los mirlos son pájaros comunes, y que tienen el pico naranja. Hay algunos, cerca de Rusia, que son blancos con manchas grises. Si la casa fuera azul o blanca vendrían más pájaros porque la sombra de una pared azul es fresca. A las cuatro de la tarde vendrán los mirlos a refugiarse del calor.

Tres deseos

Tuvimos tres deseos. Cuando buscamos un árbol para colocarlos había tres mirlos, un sol endemoniado pegado a los anteojos y mucho polvo regado en la casa. Nuestros deseos también vuelan y germinan en la tierra.

La ninfa y la sopa

Mientras pones orégano y sal a la sopa me acuerdas de que es hora de vestirnos. El calor de la estufa y el sol empañan los vidrios. Saco al gato. Sé que te molesta su mirada. Prendemos el ventilador y corremos desnudos por la sala como en los viejos mitos. La casa huele a sal y a orégano.

Modernismo

Te confieso que la cebolla me hace llorar, al igual que los poemas modernistas. La cebolla pica el iris y la imaginación y es imprescindible en la mayoría de las salsas. El poema modernista pica el iris y la imaginación y es imprescindible en la mayoría del lenguaje amoroso. Lloro cuando paso el cuchillo por la cebolla como por los libros modernistas, pero lloro más cuando alguien no lee un poema modernista sin llorar o prueba una salsa sin cebolla.

En el árbol también hay mirlos

Más allá del naranjo hay una barda. Los pájaros se calientan en la mezcla cuajada de cemento. Sus ojos reflejan el sol y las naranjas. Sobre el árbol también hay mirlos. Mueven su cabeza. Observan a los grillos en la barda. Desde la ventana los mirlos son hojas macilentas de naranjo. La luz del sol revela y confunde las formas del jardín.

La casa es fría

Debí salir al sol para calentarme los pulmones. Es difícil hablar en estertores corpóreos. Debí encerrar al perro para que no le ladrara al motociclista, darte un empujoncito para que tu silla se destrabara de la piedra. Debí darme una limpia con hojas de pirul, lanzar un vidrio al aire y esperar a que el mediodía se rompiera entre las nubes. Porque la casa es fría. Porque tú y yo nos paseamos en las palabras esdrújulas y no tenemos chimenea. Porque el gato se acostó en tu vientre y la tele, como siempre, sólo trasmite imágenes de cuerpos sin calor.

Perfume

La mañana huele a tierra remojada. En la radio un hombre con voz difunta habla del bache en la calle Hidalgo mientras tarareas no sé qué canción de cuna. El aire apenas cruza las cortinas que acarician la alacena. Por fin vivimos un poema neorromántico. A lo lejos pasa un tractor con un hombre de paja encorvado. Sonreímos porque todo esto sucede sin que los cuervos se espanten, o acaso serán los mirlos que vienen con la brisa de tierra y sol.

Con un poco de lluvia

Tal vez ambos seamos estériles como el desierto que nos rodea. A las tres de la tarde se forma un remolino de polvo que bien pudiera ser nuestro ombligo calcinado. Yo sin esperma, tú con estrías y el tiempo nos asedia con ventarrones enloquecidos. O tal vez exageramos y sólo hace falta esperar la lluvia inédita del verano para que la tierra se amacice y pueda salir un mirlo de las sábanas.

Oasis

Porque nuestro jardín es artificial y cuesta mucha agua mantenerlo. Lo único que lo salva es su condición de isla flotante para los mirlos, oasis de yerbas y brasas, o mejor dicho, pasto ardiente y amarillo. Aun así lo mantenemos, por mucha agua que echemos, porque la tierra bebe grandes charcos que apenas llegan a ser lodo, y se acercan los pájaros del amor y de la muerte, es decir, mirlos y colibríes, para tomar miel de los botes colgados del naranjo. Vivimos aquí, y quizá los pájaros y Dios vean que eso es bueno.

Aire intempestivo

El aire nos espía por la ventana de la cocina y luego se va al piso de arriba, donde los vidrios son más delgados y vulnerables a su embestida. Cuentan los albañiles que este mismo aire tira las bardas recién levantadas. Al fin y al cabo el viento baja hasta la cocina, donde ambos nos tomamos de la mano y conversamos sobre flores secas de la mesa y la maravilla del aire caliente.

La escoba

Siempre hay tierra fina en el piso blanco. Nos vendría bien una escoba esotérica como la de Charles Simic para ahuyentar a los diablos claros que se esconden en el polvo. Trabajar cansa. Y también barrer. Recuerdo que un poeta se disparó de cansancio. Al polvo le gusta el piso blanco y a los diablos también. Aun con todo es mejor conseguir una escoba mágica que una escopeta.

La inquilina

Se ha mudado una vecina. Y pedimos por favor que no haga ruido. ¿Quién pensaría en un desierto como éste para vivir? Nuestros muros son delgados. Por suerte parece que no tiene marido, así no escucharemos su coito, pero quizá sí cuando prenda la radio a todo volumen, o esté triste y lllore en el baño. Y yo, por un no sé qué maligno, comienzo a martillar la pared para colocar fotos que nunca hubiera colocado, como una advertencia de que seremos unos vecinos ruidosos y de que más le vale no hacer ruido o nosotros haremos más. ¿Qué pensará la vecina? ¿Quién pensaría en un desierto rojo como éste para vivir?

Enigma

Un hombre y una mujer y un mirlo son uno. Y también un hombre y una mujer y un gato. O bien, un hombre y una mujer y un árbol. Si es verdad que el universo entero se lee en un pequeño grano de arena, este desierto nos trae todos los libros del mundo que, en suma, son un solo libro con las páginas en blanco. Tú y yo somos nosotros, Él, el mirlo, y cada grano de arena.

El padre

Cuando ibas por relojes a Tijuana tardabas meses en regresar. No sabíamos si eras nuestro padre o nada más un señor con el bigote espantoso. Yo escribí en un cuaderno de pasta roja: ¿por qué nos maltrata?, ¿por qué nos da miedo? Respuesta: porque es grande, moreno y tiene los ojos verdes. En tu mano izquierda ostentabas un enorme Rólex dorado con incrustaciones de rubí y cada tarde te embriagabas. Pienso: la vida es grata para los comerciantes de relojes, son dueños del tiempo, incluso en las fotos parecen no envejecer. Anotación 2: estoy más flaco, ¿será cierto que el cuerpo se autodevora de hambre? Mi padre me come desde adentro.

Verticalidad

Estoy sometido a una forma erguida y frágil. Mi alma se agita dentro de mí como una vela. Crezco hacia arriba como las cosas del mundo. La rosa, el árbol, la montaña. Pero también hay mirlos que vuelan hacia abajo, ángeles con las alas quebradas en mi sangre. Hojas de roble calcinadas. Gota de agua. Minuto de oro en la ventana. El tiempo baja a través de mis manos y escucho el seco crujir de las nubes y las raíces.

La vida de un pueblo

Las cosas, dicen, van de la mano siempre: tu boca, mi árbol, el ojo del mirlo. Puedo pensar en la vida de un pueblo y pensaría en la vida de todos los pueblos. Tu boca se abre como un volar de golondrinas o como un árbol negro y danzante desde el cual se sostiene el mundo. Las cosas van siempre unidas, y tardé mucho en aprenderlo: tu mano, el rayo, la fogata y el calor de la suave patria.

Repeticiones

Mi corazón es un pájaro enfermo en la bondadosa melodía de las repeticiones. Afuera está todo: el tiempo del río, la tierra dormida, el cielo despierto, la piedra inmortal junto a la araña punzante; víboras, desierto y colmillos de perro. Mi corazón recuerda el ajeteo de los días que no descansan de ardientes besos. Los latidos se repiten, necios como el sol de la semana. Mi corazón es un pájaro débil, pero cantor, en la sinfonía de las nubes.

Viento

Hay un árbol y un mirlo. El árbol tiene tronco y ramas, hojas y semillas parecidas a caparazones de tortuga. El pájaro tiene pico y alas y una sombra pequeña que rebota en el suelo. El árbol habla del árbol; el mirlo habla del árbol. En la borrasca hojas y aleteos hacen el mismo ruido de cascada diminuta. Los caparazones cascabelean, las plumas se desgranán. Hay un viento helado que viene del desierto insomne. El árbol y el mirlo hablan del aire y de que sólo uno puede salvar al otro.

Luz

La luz no muere sola, dice el poeta. Se pega a los lentes, montada en el polvo; bruñe las manzanas, pule los anillos de oro, redondea el brillo de la aceituna y la copa de vino en la alacena. En esta luz de vela sobrevivimos a la noche efervescente, y si morimos muere la luz, y si la luz muere, morimos. Sostén la vela con cuidado y besémonos. Tu boca es luz que florece hacia adentro y me devuelve la casa iluminada. Cuida la flama del aire, anda, hazle caso al poeta.

Herencia fallida

A los ocho años yo no quería caminar como mi papá. Se burlaban de mí en la escuela; decían que yo era un clon de él, así que me esforcé por levantar los hombros y casi no doblar las rodillas. Yo quería ser Yo, aunque no supiera en qué lugar de mi cráneo abovedado estaba Yo. Después me arrepentí. Nuestro padre nos dio el relámpago en la sangre y la paciencia de contemplar el sol en la ventana. Aun así no tenemos nada y defraudamos su alma. Nadie tiene ya su fuerza. Somos pájaros anémicos sin ventana, sin nubes y sin cielo campesino.

Zozobra

Aún no encuentro mi pueblo en el mapa de mí mismo. No encuentro descanso, dónde quedar varado, dónde hacerme viejo. No hay reposo si todo es polvo, calor y desierto. Necesito un límite, una paz, una redención, una guarida como tus manos patrias que cada vez están más lejos. Soy un jirón de luz estancado entre las nubes de una tierra ignota, o por lo menos olvidada, que se arremolina de polvo cada que consulto el mapa.

Mal agüero

Yo te conozco bien. Mi pueblo sufrió la peste de sequía que regaste por los cuatro puntos cardinales. Lo único que se daba eran toloache, víboras y moscas. Del ganado sólo quedaron sus cráneos resecos. No hay mucho misterio en lo que haces. La vida es cruel, nada más. Una cadena simple que alimenta el enigmático círculo de tus caderas. Acaso eres el monstruo con panza de serpiente y cabellos de oro. Una vez te vi escondida en el barbecho y salí corriendo. No me gustaría toparte de frente, aunque ya estoy acostumbrado a la tierra en los ojos y en la boca, a los entierros y a los bautizos.

Canción

El dístico, el yámbico, el yamba, yambó, yambambé; redondilla fusa semifusa, pentagrama villancico, silva pánica; corchea andante, *allegro* renuente, pie quebrado, hipérbaton átono; blancas y negras, soneto, sonata; balbuceo, largo aliento; tristísimo solipsismo en llamas, palabra roca, medida, ramo de caballos blancos; oráculo cetrino, saeta sonora, laúd constelado; el sol en la cabeza, el laurel en la sien.

El paisaje

El paisaje es un estado del alma. El paisaje es un sistema de coordenadas. El paisaje es un paisaje. El paisaje es seejasiaple. El paisaje es un telón anciano que esconde al verdadero dios tras bambalinas. El paisaje es una vaca parada en tres patas. El paisaje es la inconsistencia de mi tartamudeo. El paisaje es el espejo roto del cuarto. El paisaje es una bocanada de cigarro después de una cogida imperfecta. El paisaje es la mancha de la pared con la cara de mi madre. El paisaje es todo lo que veo y todo lo que me ve. Eso es, un ojo vacío que no mira vacíos.

Pequeño apocalipsis

El mundo me viene de bulto, me cae de repente como una tormenta de sonidos; ¿cómo articular todo eso? Me falta precisión. Pero la vida es imprecisa: aluvión de golondrinas, ramo de tigres, cataratas cubriendo la mitad del ojo. En la casa me siento junto al loco que observa desde la ventana con cara de loco, con zapatos de loco, con pelo de loco. El mundo se me desgaja cuando el viento remueve las ramas y tira hojas como sílabas. Yo nomás balbuceo palabras imprecisas de la imprecisa vida.

Permanencia

Me convertí en ceniza. Busqué desaparecer entre el peñasco, pero quedaron mis huesos sobre la fogata de rosas calcinadas, mis piernas flacas, mi piel reseca, mi columna despintada por el sol. No he desaparecido del todo: mi vida se obstina en el polvo de la casa.

Hojas y nevaduras

Te escribo desde el fin del mundo.

¿Recuerdas los versos de Michaux?

Las hojas caen del árbol.

Tienen un montón de nevaduras, pero ya nada

las une a él.

¿Será que nosotros también temblamos?

¿Será que nada nos une realmente?

El viento despeina el árbol

y escuchamos la tierra agitarse.

Algo nos sacude el corazón y el montón
de nevaduras.

Nada nos une a nada

y, sin embargo,

nos tomamos de la mano en el asedio
del fin del mundo.

Café común

Me gustaría mirarte con ojos verdes,
como los de grandes poetas,
pero mis ojos son cafés, prosaicos
y populacheros.
Yo te veo sin prisa y sin fuegos artificiales,
sin honduras, porque tú eres así,
sol naranja que camina despacio.

Y así te ven mis ojos, luminosa y pausada
cuando cruzas el pasillo.
¿Cómo te mirarían unos ojos verdes?
Yo no alcanzo a mi país de altas metáforas,
a mis maestros de bustos de bronce
y ojos verdes.
Apenas balbuceo en los parques
y gesticulo en el transporte público
porque te veo bien con mis ojos cafés
en el misterio de un día común.

Prosa y poesía

El camión nos deja junto a la farmacia.
El mediodía cae entero sobre nuestra cabeza.
La calle huele a formol y a chapopote caliente.
Nos metemos bajo una bugambilia.
Me besas en tonos violeta.
No ha llovido en días y frunces la cara.
Tenemos que esperar la siguiente ruta
con el peligro de que el sol nos desmaye.
Los días son prosaicos en realidad.
La poesía la pones tú con tus labios delgados
y tu mano esplendente
cuando pagas siete cincuenta al chofer.

Agua hervida

Es difícil hervir agua en el pocillo de peltre.
La abuela de todos nosotros
hervía líquidos
que se transformaban,
como por alquimia antigua,
en café o en ponche con canela.

Nosotros somos torpes y no sabemos
tomar el asa una vez que el agua hierve.
Nuestros movimientos son modernos,
cortos y rápidos,
sin la elipse lenta del brazo barroco de la abuela.
Necesitamos otro pocillo, o bien otras manos
para hervir el agua, unas que no teman al calor,
al peso y a la magia negra del peltre.

Poética

Pintas un mirlo en un pedazo de madera.
Horacio dijo que la poesía tenía que ser como
una pintura.
También Aristóteles habló de la representación
del drama como un teatro;
Huidobro, el huidizo, sembró semillas de rosas
en la frente para verlas florecer;
Borges invocó la Ítaca verde y humilde de los sueños.

Pero cuando pintas el mirlo sólo piensas en el mirlo
y en la madera, en la rama de pino
que un leñador tronó del árbol
para transformarla en madera y pudieras dibujar
un mirlo,
la rama que pudo ser mueble o cama.

El pájaro de tinta observa de lado,
gira el ojo, cierra el párpado amarillo
y se echa a volar para salir del cuadro.

Caspa

Juras que tienes caspa imaginaria.
El polvo blanco sobre tus hombros
nadie lo ve más que yo,
y te aseguro que son tus ideas regadas
entre el cabello, tus ganas de conocer la nieve,
la falta de miel en la esperanza.
Me ignoras y untas aceite de oliva
en tu cabeza antes del baño.
Cuando salgas se te habrá curado
la caspa por este día.
Y mañana hablaremos de nuevo
de la miel, la nieve y la esperanza.

Evocación de Rosario

Arroz con rodajas de plátano.
Después chile poblano relleno
de queso en salsa de jitomate.
Luego agua simple.

Después mirar la barda caliente
con una lagartija meditabunda.
Luego una parvada oscura
que viene de lejos
como la voz de la vecina.
Y en medio de nosotros
tu madre como un dios.

Luz y nombres

La luz vuelve sólido el jardín al punto
en que la rama cruje
y el viento mueve los pájaros de ónix en la puerta.
También la casa crepita, la ventana sobre todo,
como si el sol aventara piedritas para que te asomes,
pero sin luz la piedra caería de lleno en la mesa
del comedor.

También la luz nos vuelve de carne viva,
no como anoche,
que nos tocamos entre una multitud de sombras
abultadas.
Amanece como un milagro del tiempo y del tacto
y, también, de lo que puede escucharse y nombrarse.

Los pájaros de Stevens

¿Y si los mirlos de Stevens fueran pájaros
de ónix de la puerta? Diríamos entonces
que los trajimos de Teotihuacán,
que un buen hombre nos ofreció cuchillos
de obsidiana y geodas, dentelladas
bajo la Pirámide del Sol,
que el cuarzo equilibra los chacras en primavera,
pero que el ónix protege de los malos espíritus,
que algo llamado México está sepultado
bajo la piedra y palpita duro todavía en el espejo,
el vaso de agua y los pájaros de la puerta que vuelan
ligeros,
suspendidos por hilos de aire delgadísimo.
O que Stevens visitó nuestra casa
y nos regaló unos pájaros que cantan
como la piedra filosa del eterno sacrificio
o de la eterna resurrección.

Música

El día es una flauta de oro
cuya música anima
a las hormigas del patio.

Supones que hay naranjas
y mariposas también
rodeando el ojo del sol.

Lo único que vemos
de veras
es la música y el calor,
mucho calor que,
suponemos,
debe ser el soplo de vida
que mueve los tendones
de las hormigas y el oído de la imaginación.

Primero o último

¿Te he contado de cómo murió Nerval?
Él nunca tuvo un mirlo en sus noches atávicas,
sino un sol gangrenado de melancolía.
La noche no resplandece.
Sólo puede ser obra de una luz opuesta
a este desierto sin nubes,
o la misma que vio Nerval
cuando salió de la taberna
para ahorcarse en un farol parisino.
Puede ser que la noche sea un coñac
y que nosotros vivamos de las burbujas de la cerveza,
aunque no estoy seguro, no sé, como Nerval,
si soy el primero o el último amante.

Corto aliento

Prefiero imaginarte, sin embargo,
en un camino tranquilo junto al sol de oriente,
y yo como un viejo Walt Whitman,
exhalando el cosmos entero sobre el naranjo,
o por lo menos una flor de azahar tan simple
y tan visible
para tus ojos
como una pintura japonesa
en el lienzo blanco de los días.
Esperaré, pues, a que me nazca
la barba perversa junto al camino de hojas y hierba.

Babel

Te digo que no distingo el acento
de una mujer española de otra mujer española
y sonrías de lo estúpido
que me escucho cuando pongo atención
a las noticias del mundo.
Me dices que el castigo de Babel fue ejemplar,
pero imperfecto,
porque siempre nos enredamos en trivialidades
de la lengua y a fin de cuentas
los acentos son guitarras sin cuerda.
El mundo no cambia, me dices,
sino la sinfonía; no el libro, sino la partitura
es lo que se transforma.
Apago la televisión entonces y abro
la puerta para espantar una abeja
que se escapa maldiciendo en un francés perfecto.

Estampas

Para ti sólo tengo estampas.
Si te pintara un cuadro grande
estorbaría mucho.
Además nuestras paredes son blancas y pequeñas.
Una estampa es mejor.
La puedes guardar en un libro de Ungaretti,
o mandar una postal con ella en donde digas:
«Este es el paisaje de mi vida.
Un campo a punto de florecer. Las montañas
ardiendo.
El gato. Y más allá un remolino de luz y tierra».
O nada más lanzar el papel al aire para que,
con suerte, se convierta en trece mirlos amarillos.

Pase mágico

Te emociona descubrir en internet
que agitar ajos dentro de un frasco
es un método infalible para pelarlos
sin usar las uñas o el cuchillo.

Alguna vez clavarle las uñas te provocó fiebre.
Yo también admiro el descubrimiento
y nuestra ingenuidad por los ajos
que se pelan dentro del frasco en un pase mágico.
Celebremos saber que aún existe
la maravilla de las cosas simples.

Polvo serás

Un polvo finísimo se levantó del álbum
cuando sacudiste la foto.

Lo vimos girar en el rayo de sol
oculto entre las cajas de tiliches.

Lo vimos pegarse a los lentes
y a las comisuras de los labios.
Será que la memoria es polvo
y vuela en los rincones de la casa
como pájaros minúsculos.

Las foto es del abuelo
y el ceño fruncido, y más atrás
una parvada de hijos girando en el llano.

Clases de pintura

Si agregas rojo al verde puedes dibujar un desierto
con algunos matorrales,
y si viertes más blanco y amarillo tendrás el calor
del verano.

Pero si agregas más rojo estarás en presencia
de una ciudad fronteriza,
o un cuerpo desmembrado de aquí y de allá,
y en lugar de mirlos saldrán buitres;
y en lugar de piedras habrá disparos;
y en lugar de hierbabuena
un olor a incendio de llantas;
y tu sueño de un paisaje tranquilo
se verá manchado por el color
de la vigilia
y no podrás sonreír,
y no podrás sonreír.

Yo tuve, tierra adentro...

Tú eres mi novia de grupa bisiesta.
¿Te he contado de cómo murió Velarde?
Algún día daremos la vuelta en la Alameda
de la Ciudad de México después de haber sentido
el clima jerezano en los pulmones. El frío
es un veneno para la respiración endemoniada,
y más cuando se tiene una novia de ojos verdes,
pestaña enhiesta y grupa bisiesta.
Las imágenes de Ramón volvieron al viejo pozo
de la casa
bajo el enorme jeroglífico de la noche.

Plagio a Vallejo

Tienes un vestido azul.
Desayunas en el tranvía
con un cigarrillo alquilado.
Escribes una carta.
Mueres como de costumbre
y lloras por el oído.
Te llamas como sea
y le hablas al gato, gato, gato.
Tú, que como Vallejo,
naciste solamente un día
en que Dios estaba enfermo, grave.

Un mirlo

Niveles de sentido

Acaso el mirlo en el naranjo sea la esfinge ultramarina de los oráculos, o nada más una alucinación edípica que me aqueja todas las mañanas cuando miro por la ventana del baño. El mundo es una biblioteca occidental de esfinges preguntonas y naranjos fingidos, de montañas silábicas y nubes morfosintácticas. Acaso el mirlo en el naranjo no existe, o sí, y eres tú revoloteándome las palabras para que salga pronto de la ducha.

Unción de muertos

Mi muerte no será extraordinaria, no será en París ni habrá aguacero —no podría con tanto calor. Moriré tal vez de cáncer y apaleado por la tos. He de toser mucho con un collar de limones. Toseré bastante para arrojar la culpa. Pero cada escupitajo se secará antes de tocar el suelo de tanto calor porque la tierra donde he de morir no es extraordinaria —no será París, lo aseguro— y no habrá pájaros negros sobre mi cabeza, ni aguacero que me dé la última unción, ni polvo, ni luz.

Imposible el día todo el tiempo

¿Dónde se esconden los trece mirlos de la casa cuando cerramos la ventana? Acaso duermen entre los muebles y cruje la madera cuando sacuden las alas, o tal vez están detrás del refrigerador temblando de miedo porque la noche es larga y fría y húmeda y la sombra de la mesa parece un rinoceronte agazapado, o mejor aún, se ocultan entre las cobijas a la hora en que juntamos los pies de caricias conyugales. No sabemos, pero los mirlos duermen con nosotros y tienen miedo y sufren como nosotros porque no puede ser de día todo el tiempo y porque la noche es larga, fría y húmeda.

Lenguaje

Porque tal vez mi lengua es un ópalo abierto a la policromía del aire, o mi saliva viene de los cristales que se pegan a la piedra, busco el idioma del sol cuando choca en el desierto blanco, el sonido de la brasa en la leña. Pero no hay lengua ni lenguaje que no tenga forma de serpiente. La palabra es más del agua que del fuego. Quisiera hablar y calentarte los ojos y las manos porque quizá mi lengua es un montón de yerba que luego es humo y luego brasa y luego hoguera donde cuajan los cristales.

Bitácora de febrero

¿Te he contado de cómo murió Gilberto Owen? Esa vez, en el *amargo amarillo mar de Mazatlán*, no tuve las agallas de nadar hacia la barca del parachute, ni de tomar agua de coco a las tres de la tarde. Pero era domingo, y todos los Owen nacen en domingo, o mueren, no recuerdo. Domingo de febrero. Nos fotografiamos junto al mar que algún día también será desierto, como nuestro desasosiego. En la foto salió al fondo una espada de luz quebrada sobre el agua, un marinero cojo y, misterio del mundo, un mirlo sobre tu cabeza.

Visita al museo

Con la oreja izquierda se pinta a una niña con su mamá entre las flores. La mamá teje, la niña juega. Es la mitad del mundo. Con la oreja derecha dibujamos el ruido restante: el turista chino, el guardia de seguridad. Es la otra mitad del mundo. Entre lo que se escucha en el cuadro y entre lo que se oye en el museo hay una grieta amarilla que termina en la frente y nos vuelve la mamá que teje, la niña que juega, el turista y el guardia.

Sueño

Déjame contarte el sueño de Coleridge. Una vez se durmió y soñó que tenía una flor azul en su mano. Cuando despertó, la flor todavía estaba en su mano. Nosotros siempre soñamos trece mirlos y cuando despertamos se escuchan trece ruidos como disparos. ¿Qué le faltará a nuestros sueños, que siempre despiertan defectuosos? Aun así, vale la pena soñar con trece mirlos hasta que un día toda la habitación se llene de pájaros polifónicos.

Definiciones

El arte es la encrucijada con uno mismo, o bien el arte es un pastel azucarado con sabor a naranja, o bien el arte es el nado hacia la otra orilla, o bien el arte es el encuentro con la otredad, o bien el arte es el reducto del alma, o bien el arte es un compromiso social, o bien el arte es un cuaderno, o bien el arte es una editorial, o bien el arte es un presidente, o bien el arte es un rostro torcido en la imagen del agua, o bien el arte es un árbol con trece mirlos, o bien el arte es una frente amplia, o bien el arte es la canción del infinito en un gallinero, o bien...

Encuentro con la humedad

Uno busca el mar en el desierto. Pero llegamos al mar y ya no estamos, quiero decir, llegamos al mar por caminos separados a diferentes playas, y hablamos de historias distintas, pero simultáneas. Tú platicas con un gringo canoso que abrió una cafetería hace veinte años y que ya no quiso regresar a California. Yo platico con un mesero gordo que me enseña groserías en maya. Uno busca el mar por las palabras, no tanto por el mar. Uno busca el mar por la humedad en la cara, quiero decir, por sentir saliva y lágrimas.

El color de Dios

Tiene que ser azul. El cielo. El ojo. Aquella vez nadaste hacia la barca y casi te ahogas. Las piernas se te acalambraron. Imaginaste que tu cadáver se hincharía como un saco de gases. Y el regreso no fue para menos. Tu nombre en los periódicos. Joven neorromántico con mirlos en el pecho muere ahogado. El imprudente muchacho salió a nadar la tarde del jueves después de un día de trabajo. Se quitó las chanclas de hule y, aunque el mar estaba picado, se aventó al agua. Esto sucedió a unos cuantos metros del ancla que el huracán arrastró del pesquero hundido la semana pasada. Qué vergüenza, imaginaste. Pero las brazadas te alcanzaron hasta sentir la arena en los dedos de los pies. Después, un vómito salado. Tiene que ser azul, imaginaste. El cielo. El ojo.

Sonrisa

Todo mi cuerpo va contra la muerte. Así las cosas. Espero en el parque vacío. Hay un puente del otro lado. Tengo una versificación involuntaria que, naturalmente, nadie ve. Me levanto de la banca. Estiro los brazos. Escupo tres sílabas aglutinadas, verdes, ya con infección, y luego miro el cielo, el infinito cielo de todos los días, con una sonrisa que parece una rajada de loco.

Cuando vayas al desierto

Siempre hay que llevar agua al desierto. Y un gato si es posible. Porque el gato y el agua siempre encuentran el cauce que llega hasta la casa. Porque es más difícil descifrar el trino de un mirlo, que también es un camino a casa, para los enamorados del calor. Tú y yo amamos el calor, siempre lo hemos dicho, y cargamos con el gato y el agua cuando salimos de casa. Los mirlos trinan, pero no sabemos qué nos dicen bajo el círculo del sol.

El mundo como voluntad

La culpa es de los ratones que hacen madrigueras en el jardín. El pasto se ablanda y las flores ya no echan raíces. De pronto así siento el corazón: blando, lleno de agujeros y sin venas que sirvan de raíz. Si tuviera un ratón en las arterias justamente lo llamaría Schopenhauer. Pensamos en flores y en tierra. La materia sólo se transforma y todo sigue igual: la historia, el pasto, la pintura descarapelada de la pared, el corazón blando y lleno de agujeros.

Anagnórisis

Hoy también imagino tu carne como si fuera tu palabra. Escucho aún tus piernas alargarse, oración del porvenir. Hoy, como ayer, la palma se inclina en la espuma y el viento nos toca la espalda. Te digo otra vez: el mundo es un perfume blanco, y pienso en el trino del mirlo en la montaña. Luego me repito con tus ojos: el mar es el cielo del aire, e imagino de nuevo las gaviotas sumergidas en el agua. Después tu boca me habla: soy el límite de mi propia humedad y, de nuevo, atiendo a tu mensaje cuando te sonrojas y me dejas ver tus labios, muy abajo, hinchados como la marea del alba.

Palabras luminosas

Y es que prefieres el día a las estrellas. Nunca fuiste sombría y nunca te alegraron ni las mareas ni la luna nueva. Le cuesta más trabajo al sol redondear las formas del mundo cuando se abalanza en la montaña que a la noche confundir imágenes de incluso sombras mínimas como las del patio. Admiro tu sonrisa y pienso en aquellas nubes trémulas de ayer. Redondez y cuadratura. La forma es el regalo milagroso de la luz. Tus palabras iluminan la casa y la ventana incluso de noche.

Al caído

Te vieron caminar en medio de las fieras. En la mano tenías un cofre lleno de pájaros vivos y todos se asustaron. Quisieron dispararte y enterrarte bajo los girasoles, pero el viento siempre devuelve el polvo de los muertos, ese grano de luz incómodo en la mirada. El grito de tu sed rasgó la cortina del tiempo y nadie tiene mordaza para tu boca. Tu voz se escucha en cada trino de los mirlos.

Memoria

El aire retoza entre los árboles despeinados. Los muebles crujen. Todavía recuerdan que fueron ramas y raíces y que el viento también tumbó sus hojas sobre algún patio vecino. Cuando temblamos nosotros, ¿será que recordamos que alguna vez tuvimos alas y que volábamos cerca del sol sin derretirnos? El aire nos despeina y reímos mientras nos sacudimos las plumas.

Un mirlo

Ningún agua fluye, ninguna flecha se dispara; no hay meta ni objetivo, no hay tortuga ni héroe, no hay luna sobre los suburbios ni astros a la medianoche; no nos pregunta nada la esfinge, no matamos a un padre, no hacemos odiseas, no hay épicas ni caballos ni páramos de espejos; no bebemos vino eleusino, no tenemos revelaciones, no hay templo, oasis o puente; no nos bañamos en el mismo río; no gira la rueda de los siglos, no giran perros persiguiéndose la cola ni árbol de oscuras golondrinas; no hay trenes ni relámpagos; no hay nada más que una lágrima en el iris y un mirlo que nos vuelve uno en esta casa de mil y un días estancados.

Alguna vez

¿Quieres escuchar una bella historia de amor y de muerte? Alguna vez soñamos un patio, un gato y un jardín con abundante pasto y dientes de león. Alguna vez concebimos las manos trenzadas después del trabajo y de la prosa cotidiana. Alguna vez leímos cien veces un libro para después cerrarlo y olvidarlo todo. Alguna vez pintamos una casa de blanco y de azul como la de Odiseo en Ítaca. Alguna vez cerramos los labios para hablar del silencio blanco del desierto. Alguna vez plantamos un naranjo y construimos una barda contra ratones. Y más importante: alguna vez vimos el sol directo a la cara con la esperanza de que la luz nos diera el secreto del libro feliz para curar a los infelices y en su lugar nos dio trece formas de mirar un mirlo.

Índice

Un hombre, 11

Una mujer, 41

Un mirlo, 63

Un hombre, una mujer y un mirlo

Segundo semestre de 2016

Impresión

Gráfica Premier, SA de CV

Calle 5 de Febrero 2309

Colonia San Jerónimo Chicahualco

52170 Metepec

Estado de México

Producción

Dosfilos editores, SA de CV

Callejón del Capulín 202

98000 Zacatecas

Zacatecas

Mil ejemplares más sobrantes

Premio Nacional de Poesía
«Ramón López Velarde» 2015

Universidad Autónoma de Zacatecas